



"Un corazón sin fronteras"

La compasión de Jesús por los excluidos en el evangelio de Lucas

"A heart without borders"

The compassion of Jesus for the excluded in the gospel of Luke

Juan Pablo Bedoya Henao

Trabajo de grado presentado para optar al título de Teólogo

Director

Pbro. Jhon Fredy Vásquez Zapata. Magister en Teología Bíblica

Universidad Pontificia Bolivariana
Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades

Medellín, Antioquia, Colombia

Teología

2025

Resumen

El Evangelio de Lucas presenta a Jesús como revelación del rostro compasivo de Dios, manifestado de manera preferencial hacia los excluidos: pobres, enfermos, mujeres, viudas, pecadores, extranjeros y marginados. Este artículo analiza, desde una perspectiva bíblica, antropológica y sociológica, las acciones y expresiones de Jesús descritas por Lucas, trayendo a nuestro contexto actual el reflejo de un vínculo de inclusión que se convierte en experiencia de salvación. Destacan expresiones como: “Bienaventurado”, “Levántate”, “Ponte en medio” y “Tu fe te ha salvado”. Estas palabras, dirigidas a personas rechazadas, constituyen una propuesta transformadora que invita a la dignificación humana y a la superación de toda exclusión. La investigación se apoya en el estudio crítico de las Sagradas Escrituras y en el diálogo con autores que enriquecen la interpretación. El método se fundamenta en la teología bíblica y en el enfoque hermenéutico, que permiten comprender los textos desde su sentido histórico-social y proyectarlos a la realidad contemporánea. Los resultados evidencian que las acciones de Jesús, además de su valor histórico, mantienen plena vigencia e inspiran la reflexión eclesial y social. Constituyen un llamado a superar prejuicios, exclusión y discriminación, promoviendo la acogida y la justicia. En conclusión, la fe se presenta como el medio para acceder a la salvación. Jesús rompe los esquemas sociales y religiosos de su tiempo, creando un espacio de comunión que ofrece esperanza, dignidad e inclusión en medio del rechazo.

Palabras clave:

Dios; Jesús; Evangelio de Lucas; Fe; compasión; Inclusión; Excluidos; salvación; Discipulado; comunidad

Abstract

The Gospel of Luke presents Jesus as the revelation of the compassionate face of God, manifested in a preferential way toward the excluded: the poor, the sick, women, widows, sinners, foreigners, and the marginalized. This article analyzes, from a biblical, anthropological, and sociological perspective, the actions and expressions of Jesus described by Luke, bringing to our present context the reflection of a bond of inclusion that becomes an experience of salvation. Expressions such as “Blessed,” “Rise,” “Stand in the midst,” and “Your faith has saved you” stand out. These words, addressed to rejected persons, represent a

transformative proposal that invites human dignity and the overcoming of all forms of exclusion. The research is based on a critical study of the Holy Scriptures and on dialogue with various authors who enrich the interpretation. The method is grounded in biblical theology and the hermeneutical approach, which make it possible to understand the texts within their historical and social meaning and to project them into contemporary reality. The results show that the actions of Jesus, in addition to their historical value, remain fully relevant and inspire both ecclesial and social reflection. They constitute a call to overcome prejudice, exclusion, and discrimination, promoting welcome and justice. In conclusion, faith is presented as the means by which human beings attain salvation. Jesus breaks the social and religious structures of his time, creating a space of communion that offers hope, dignity, and inclusion amid rejection.

Key words:

God; Jesus; Gospel of Luke; Faith; compassion; inclusion; social exclusion; salvation; Discipleship; community

Introducción:

El evangelio de san Lucas relata los diversos acontecimientos de la vida de Jesús, cuya estructura narrativa está organizada en cuatro grandes secciones: infancia (Lc 1,5- 2,52); el ministerio en Galilea (Lc 3, 14-9, 50); el camino hacia Jerusalén (Lc 9,51 – 19, 27) y la actividad en la ciudad Santa (Lc 19, 28- 24, 53). En cada parte, Lucas evidencia la economía salvífica de Dios actuando por medio de su Hijo, quien rompe con los esquemas sociales y religiosos de su tiempo (Ratzinger, 2007), situando en el centro a la persona, especialmente en las rechazadas y olvidadas. Schillebeeckx (1974) resalta que Jesús “es la historia de un viviente que revela a un Dios profundamente humano” (p. 90).

Esta sensibilidad la resalta Bovon (1995), quien afirma que “Lucas se preocupa por las mujeres, los niños, los abandonados; la reflexión sobre la pobreza y la debilidad atestiguan una actitud totalmente nueva en el mundo de entonces” (p. 43). En esta misma línea Grün (2003), subraya que “Jesús confía en el ser humano. Para Él lo importante es cómo la persona puede vivir en su mundo y cómo se corresponde con su dignidad. Él renuncia a describir al hombre permanentemente como pecador. Por eso ha bajado del cielo, para darle a conocer de nuevo su dignidad divina.” (p.14).

Asimismo, Aguirre y Rodríguez (2012) destacan que los evangelios sinópticos, en especial Lucas, “muestran un Jesús profundamente humano, que revela a un Dios cercano y compasivo, especialmente con los marginados” (p. 214). Esta comprensión coincide con la visión teológica que propone Di Berardino (1998) en su *Diccionario Patrístico*, al recordar que las obras de misericordia y la hospitalidad cristiana nacen del reconocimiento del otro como imagen de Dios (p. 75)

Desde esta perspectiva, el mensaje lucano invita a superar toda exclusión, como lo expresa Castro (2004) al afirmar que “el seguimiento de Jesús es una antropología que nace desde los excluidos y oprimidos” (p. 160). Estas acciones, tienen un fundamento histórico, pero también son modelos vigentes para la praxis cristiana actual. En contextos de exclusión, el testimonio de Jesús, manifestado en gestos de inclusión, acogida, perdón y compasión; interpela a cada cristiano reconocer el valor sagrado en cada persona, superando cualquier prejuicio o estereotipo social. Maccise (2008) sostiene que el Espíritu sigue hablando “a través de los pobres y marginados como lugar teológico donde Dios se revela” (p. 34)

El presente análisis busca destacar las acciones de Jesús narradas en el Evangelio de Lucas. El presente análisis busca destacar las acciones de Jesús narradas en el Evangelio de Lucas, entendiendo que la fe y la compasión son caminos de salvación. Tal como lo recuerda el Concilio Vaticano II (1965) en *Gaudium et Spes*, “nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de los discípulos de Cristo” (N. 1)

Así, la teología lucana ofrece una comprensión encarnada del amor divino. Benedicto XVI (2005), en su encíclica *Deus Caritas Est*, afirma que “el amor al prójimo enraizado en el amor de Dios es una responsabilidad para cada creyente” (n. 20) Por ello, Jesús en el Evangelio de Lucas se convierte en paradigma de una comunidad abierta, fraterna e inclusiva. Esta misma convicción inspira el llamado del Papa Francisco (2020) en *Fratelli Tutti*: “la fe nos exige reconocer la dignidad de cada persona humana, más allá de su origen o condición social” (n. 8)

En el contexto actual, resulta necesario volver la mirada a este evangelio para generar una conciencia profunda sobre la realidad en la que vive el ser humano y, a partir del testimonio de Jesús, inspirar en los creyentes una esperanza que promueva sin exclusiones. Asimismo, pretende motivar a la unidad y sobre toda la concientización de las acciones que, en comunión,

pueden realizarse para evitar cualquier tipo de discriminación y acepción de personas, que fortalezca la auténtica vivencia del evangelio.

Desde una perspectiva bíblica, Lucas se fija en la actividad de Jesús no dependiente a la ley mosaica sino a los mandatos evangélicos basados en el Amor, irradiando toda su divinidad. Como lo dice Grün (2003): “Lucas narra una historia en la que él amor se hace carne” (p.16). Lucas es un apasionado por revelar la imagen de Dios, eliminando conceptos falaces que se tienen acerca de él y mostrando al Dios que es cercano, que se puede ver y tocar.

Esta misma invitación se hace cuando, desde el punto de vista teológico, se puede comprender que el evangelio de Lucas sobrepasa los límites históricos, mostrando a cada cristiano una propuesta para vivir con el otro a la luz del mensaje evangélico. Lucas no da relevancia mayor a lo normativo, sino que se enfoca en una experiencia de Amor divino que transforma la vida.

El evangelio de Lucas muestra un especial interés por presentar el rostro de Jesús inclinado hacia los más desprotegidos en su entorno social y religioso. Esta sensibilidad se refleja en su cercanía con los pobres, enfermos, pecadores, mujeres, niños y viudas, a quienes ofrece la revelación del misterio del Reino. Lucas dibuja a Jesús como plenitud de misericordia y amor, que otorga dignidad y esperanza a quienes acogen su palabra, situando a los marginados en el centro del plan salvífico de Dios.

De este modo, el evangelio se convierte en un camino de gloria y salvación para quienes se dejan interpelar por la persona de Jesús. Aunque los relatos se desarrollan en un contexto histórico y social concreto, su mensaje permanece vigente y actual, constituyendo una llamada a la acogida desde lo social y lo religioso.

Para este trabajo investigativo no solo se busca dar fundamento a un recorrido histórico, sino también reconocer modelos que mantienen vigencia en la práctica cristiana actual. En esta línea, el estudio se orienta a partir de la siguiente pregunta problematizadora: ¿Cómo son las acciones de Jesús en el evangelio de Lucas hacia las personas más rechazadas de la sociedad y qué implicaciones tiene su ejemplo para la vivencia cristiana en contextos de exclusión?

Este problema no pretende limitarse a una orientación netamente académica, sino que quiere abrir también una dimensión pastoral: descubrir en las palabras y gestos de Jesús una esperanza

viva que humaniza la fe, convirtiéndose en punto de partida para generar caminos de encuentro, inclusión y perdón.

El objetivo de esta investigación es identificar, desde una perspectiva bíblico-teológica y antropológica, las diferentes acciones o expresiones de Jesús planteadas en el Evangelio de Lucas, tales como: “*Bienaventurado*”, “*Levántate*”, “*Ponte en medio*” y “*Tu fe te ha salvado*”, cuyo epicentro se manifiesta en los más despreciados por la sociedad. Dichas expresiones revelan un llamado constante a vivir el discipulado mediante el camino trazado por la vida de Jesús. Por esta razón, la Iglesia está invitada a promover la justicia y la misericordia hacia quienes son despreciados y vulnerados.

Con este estudio se pretende enfocar la mirada en la exclusión como un problema que ha permanecido a lo largo de la historia y que continúa siendo una realidad en la sociedad actual. Mardones (2006) invita a “matar nuestros falsos dioses” para abrirnos al Dios de los oprimidos (p. 57). Hablo de la exclusión que se da en diferentes ámbitos: cultural, religioso, económico, entre otros. Es lamentable cómo los seres humanos generan rechazo hacia el prójimo simplemente por su condición, estatus o raza, teniendo como consecuencia la ruptura de relaciones y de participación dentro de la sociedad.

Por esta razón, Lucas muestra la figura de Jesús como aquel que manifiesta la necesidad de construir comunidades donde todos son aceptados. Como afirma Bovon (1995): “El corazón de Lucas tiene en cuenta a los seres humanos. Saben que son fieles discípulos de Jesús: constantes, alegres, libres, no calculadores sino solidarios” (p. 43). Este es un llamado para la Iglesia a anunciar y vivir la unidad que vincula a todos, sin excepción alguna.

Se pretende implementar un análisis exegético y hermenéutico del evangelio de Lucas, teniendo en cuenta los diferentes enfoques históricos, literarios, bíblicos y teológicos. De esta manera, se propone un acercamiento a autores destacados en el campo de la interpretación de las Sagradas Escrituras y de la Teología, como Bovon, Fitzmyer, Brown, Grün, Dornisch, Ratzinger, Sicre, entre otros, cuya obra puede facilitar la profundización del estudio teológico desde una perspectiva crítica y reflexiva. En efecto, se busca llegar a una reflexión de carácter pastoral que vincule al Jesús narrado en Lucas con su motivación constante a acoger el Reino, haciendo posible, a través de la historia, la recepción de este mensaje en la sociedad actual.

Finalmente, la investigación se desarrollará en tres etapas fundamentales. En primer lugar, se presentará el marco teórico, el cual se evidenciará por medio de una exploración del tema. En segundo lugar, se abordará el desarrollo del trabajo en torno a las expresiones y acciones de Jesús, analizando cómo rompe esquemas sociales y sitúa en el centro a los olvidados. En tercer lugar, se presentarán las conclusiones, con el fin de mostrar cómo estas realidades, expuestas a partir del Evangelio de Lucas, iluminan el caminar de la Iglesia y de la sociedad en la actualidad, motivando a los cristianos a tener una visión unitaria de la comunidad: un lugar donde nadie sobra y todos son importantes.

Marco teórico

El evangelista san Lucas es un apasionado por plasmar a la persona de Jesús en medio del excluido haciendo de él un destinatario privilegiado del Reino de Dios. Este evangelista no se basa en la ley de Moisés, sino en los mandamientos del evangelio, principalmente en el doble mandato del amor (Dios-Prójimo). Así lo plantea Bovon (1995): “Los cristianos, según el corazón de Lucas, no se apegan lo demás a los mandamientos, sino que tiene en cuenta a los seres humanos. La preocupación por las mujeres, por los niños, por todos los abandonados, la reflexión sobre la pobreza y la debilidad atestiguan una actitud totalmente nueva en el mundo radicada en el Amor” (43)

1. “Bienaventurado”

La palabra *μακάριοι* (*makáριοι*) proviene del griego clásico, cuya traducción habitual es “dichoso”, “afortunado” o “feliz”. Este término denota el estado de plenitud de una persona, exaltando su dicha por alguna razón particular. Define el estado supremo de felicidad, la prosperidad o la buena condición del ser humano. En la cultura griega se utilizaba principalmente para referirse a los dioses como los supremos *Makares*, en contraposición a la condición limitada de los mortales (Loretta, 1996, p. 65). En la literatura homérica y lírica, el término se empleaba únicamente para hacer alusión a la esfera divina, lo que indicaba la superioridad y autosuficiencia de los dioses frente a la fragilidad humana (Kittel & Friedrich, 1976, p. 362).

En las Sagradas Escrituras, el vocablo adquiere un sentido estrictamente religioso. Desde el Antiguo Testamento aparece como una indicación dada por Dios para que la persona alcance

la verdadera felicidad. Se convierte, entonces, en un signo de la bondad divina hacia la humanidad, que se manifiesta en bendición, bienestar, prosperidad y plenitud (cf. Eclo 26,1; Sal 127,3-5; Job 29,10-11). Un ejemplo claro se encuentra en el Salmo 1,1: “*Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni se detiene en el camino de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los necios*”. Este término se aplica a quienes son bendecidos y afortunados, pero también a quienes poseen bienes materiales. Asimismo, *makarioi* se atribuye a las personas que han muerto, pues se consideran más allá del alcance del dolor y, por tanto, en la plenitud de la bienaventuranza.

El uso de esta palabra difiere del griego clásico respecto a la tradición judía y cristiana. En estos contextos, no se emplea para exaltar a un ser supremo, sino para designar bendición, bienestar o larga vida a determinada persona. Por ello, el adjetivo *makários* iba generalmente acompañado del pronombre relativo *hos (tis)*, lo que indicaba una acción pasiva, recibida de manera indirecta.

En cambio, cuando se habla de Dios como aquel que es bendito, alabado o ensalzado, se utiliza el término *εὐλογημένος* (*eulogēmenos*), proveniente del hebreo בָּרֹךְ (*bārūk*) (cf. Ex 18,10; Gn 9,26; 24,27). Etimológicamente, *εὐλογημένος* (participio pasivo perfecto) deriva del verbo *εὐλογεῖν* (*eulogein*), que significa literalmente "hablar bien" o "pronunciar una buena palabra" (εὖ- "bien" y λόγος "palabra"). El *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento* confirma que esta etimología sostiene el uso de *εὐλογημένος* tanto para la alabanza dirigida a Dios como para la concesión de un favor divino hacia el hombre (Kittel & Friedrich, 1976, II: 754).

En el contexto bíblico, el uso de *εὐλογημένος* tiene dos vertientes: como alabanza dirigida a Dios (traduciendo *bārūk*) y como favor o don especial dirigido de Dios al ser humano. Por lo tanto, mientras *makários* describe la dicha que se experimenta al recibir la salvación, *εὐλογημένος* expresa la bendición que tiene su origen o destino en la esfera divina.

Ambos vocablos pueden aplicarse al ser humano, pero expresan realidades distintas: *makarios* describe la condición de quien ha recibido bendición de parte de Dios —como en Lc 6,20: “*Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios*”—, mientras que *eulogēmenos* subraya el reconocimiento y la alabanza que se dirige hacia Dios —por ejemplo, Lc 19,38: “*¡Bendito el que viene en nombre del Señor!*”—. Como lo señala Fitzmyer (1987, p. 602), esta distinción ilumina la riqueza semántica y teológica de los términos, mostrando cómo la tradición bíblica amplía y resignifica el lenguaje griego clásico.

La figura de Jesús en el Evangelio de san Lucas se manifiesta de manera particular en las bienaventuranzas (Lc 6,20-23), orientadas a los desdichados para anunciarles una certeza de esperanza: no habrá sufrimiento eterno para quienes se acogen al Reino. Estas palabras introducen uno de los discursos más relevantes de los evangelios, comúnmente conocido como el “sermón de la llanura”. Jeremías (1977) también señala que la predicación de Jesús en el Nuevo Testamento “rompe los esquemas religiosos legalistas para situar en el centro la misericordia” (p. 112).

Como señala Fitzmyer (1987, p. 591), este discurso está dirigido principalmente a quienes serán testigos del ministerio de Jesús en Galilea. Por eso, los destinatarios inmediatos del mensaje son los discípulos (Lc 6,20), pues —como indica Fitzmyer— la intención es “configurar la conducta y el comportamiento de este grupo”. Sin embargo, no puede olvidarse que también estaban presentes otros grupos: los Doce (Lc 6,13), el conjunto de discípulos (Lc 6,17a) y el pueblo (Lc 6,17b), lo que amplía el horizonte de este anuncio.

En efecto, el sermón de la llanura pronuncia cuatro bienaventuranzas que, mediante la predicación de Jesús, constituyen un anuncio de la buena noticia. Según Lucas, el objetivo de la llegada de Jesús es proclamar la salvación a los pobres, prisioneros, perseguidos, ciegos y oprimidos. Esta intencionalidad se enmarca en el programa mesiánico presentado en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,18-19), donde Jesús retoma las palabras del profeta Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido; me ha enviado a anunciar la buena noticia a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Is 61,1-2). Con este gesto, Jesús inaugura su ministerio mostrando que su misión se orienta, de manera preferencial, hacia los más vulnerables de la sociedad. Como afirma Joseph Ratzinger (2007), "Su obrar es la traducción en acto de lo que dice la 'Torá del Mesías', las Bienaventuranzas: su amor desciende a los que han caído, a los que están abandonados y enfermos, a los que son marginados" (p. 75).

En esta misma línea, León XIV, en su primera exhortación apostólica *Dilexit te*, enseña que “los más pobres entre los pobres —los que no sólo carecen de bienes, sino también de voz y de reconocimiento de su dignidad— ocupan un lugar especial en el corazón de Dios. Son los preferidos del Evangelio, los herederos del Reino (cf. Lc 6,20)” (DT 76). Así, la proclamación de las bienaventuranzas en Lucas se comprende como un proyecto de inversión evangélica, donde la comunión y la esperanza surgen desde quienes viven la pobreza en todas sus formas.

La primera bienaventuranza va dirigida a los pobres (*πτωχοὶ*): «*Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios*» (Lc 6,20). Jesús no habla aquí de la pobreza en abstracto, sino de los pobres concretos. Bovon (1995) explica que, a lo largo del Evangelio, los discípulos son descritos como pobres o como personas que se han hecho pobres (p. 425).

Los pobres son aquellos empobrecidos que viven en la tristeza; por ello, el término adquiere no solo una connotación sociológica, sino también teológica. Santiago (1994) recuerda que la pobreza en el Antiguo Testamento “no es solo carencia material, sino apertura confiada a Dios” (p. 12). Sin embargo, Flórez (2020) enfatiza que los excluidos del Antiguo Testamento siguen siendo víctimas de estructuras injustas, lo cual ilumina la opción preferencial de Jesús por los pobres (p. 10).

Por consiguiente, este lenguaje remite al Antiguo Testamento, donde se designaba así a un grupo de personas conocidas como los *דַּלִּים* (*dalím*) o *אַנָּוִים* (*anawim*), es decir, “los humildes de la tierra”, quienes constituían el resto fiel de Israel. Ellos eran los despreciados y marginados por los poderosos y por quienes gozaban de un estatus social elevado. Como señala Sicre (1984, p. 147), los *anawim* encontraban en Dios el refugio y la consolación que les eran negados por las estructuras sociales, y hallaban en Él la esperanza de un futuro mejor. De este modo, se vieron impulsados hacia un nuevo modelo de existencia, marcado por la confianza en Dios y por una conversión permanente (cf. Am 2,7; 8,4; Is 29,19; Sof 3,11-12).

Dentro de este lenguaje, como se mencionó anteriormente, hay una orientación que surge a partir de la profecía de Isaías, citada por Jesús en la sinagoga de Nazaret al inicio de su ministerio en Galilea (Lc 4,18; cf. Is 61,1). Esta proclamación inicial constituye la carta programática de Jesús y proyecta su misión hacia los pobres, los hambrientos, los maltratados y todos aquellos que han sido excluidos de la vida social y religiosa. Como señala Bovon (1995) Funciona como la clave hermenéutica de todo el evangelio de Lucas, ya que “resalta que la misión de Jesús está dirigida de manera especial a las mujeres, niños, abandonados, pobres, enfermos y pecadores, quienes son objeto de la compasión de Dios” (p. 43)

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que Jesús aquí no hace una exaltación a la pobreza ni al pobre, sino que la exaltación va dirigida a la persona, a los discípulos a quienes está hablando. Por lo tanto, son ellos los bienaventurados, y lo son porque están con Él. He aquí la implicación del discipulado: vivir situaciones de hambre, sufrimiento y persecución por causa de la fe. Los mismos *anawim* eran privados de todo, incluso de la fe. Así lo manifiesta Sicre

(1984): ellos “al perder el derecho de ser ciudadanos libres, también lo pierden para participar del culto y la justicia y, por tal razón, de la relación inmediata con Dios, pues Yahveh, como Dios de Israel, es el Dios de los hombres libres” (p. 148).

El anuncio de las bienaventuranzas para los discípulos implica el seguimiento de la persona de Jesús. Este camino supone atravesar situaciones sociológicas concretas: pobreza material, hambre, sufrimiento, persecución y desprecio por causa de la fe. Sin embargo, al mismo tiempo, pueden ser considerados *makarioi* —“dichosos”— porque, al estar con Jesús, el Reino ya les pertenece. De esta manera, su interior queda impregnado de una inmensa dicha (Fitzmyer, 1986, p. 606). Este es un doble motivo de bienaventuranza: primero, estar hoy, ahora, ya, con Jesucristo; y segundo, la pertenencia desde ya al Reino de Dios. No se trata de una promesa futura, sino de una realidad presente que acontece en la vida de quien sigue a Jesús y se hace su discípulo (cf. Lc 6,17).

En contraste, los ricos, los saciados, los satisfechos y aquellos que gozan del reconocimiento social no perciben mayor necesidad que la de colmar sus propias comodidades (cf. Lc 6,24-26). Su dependencia gira en torno al placer y a lo material. En cambio, quienes se encuentran desprotegidos, sin seguridad, con sus derechos vulnerados y siendo excluidos, son precisamente aquellos a quienes Jesús hace sus discípulos (cf. Lc 6,20-23). No los acoge por lástima, sino para transformar sus vidas y conducirlos al Reino.

La compasión (*σπλαγχνίζομαι* – *splagchnízomai*) de Jesús, reflejada en varios pasajes del Evangelio (cf. Lc 7,13; 10,33; 15,20), hace que los que son alcanzados por ella sean abrazados por la dicha suprema. El actuar de Dios en sus vidas se convierte en una oportunidad de conversión, para dar un giro a su existencia y restablecerse como personas abrazadas por la gracia redentora. Así, se convierten en discípulos que, acogiendo la palabra de Jesús, descubren que el Reino ya está en medio de ellos.

El Reino de Dios se ha manifestado en Jesús y consiste en una soberanía transformadora y vivificante que el pueblo de Israel ya proclamaba: “¡Dios reina!” (Sal 24,7-10). La experiencia misma del discipulado de Jesús suscita en la persona el deseo de acogerse al Reino, el cual se da como tiempo de salvación acontecido en el ahora. Así lo plantea Fitzmyer (1986): “el tiempo salvífico de Jesús se identifica con un período temporal concreto, con un pasado de la historia humana que, aunque incide en el presente, lo determina” (p. 250).

Fitzmyer (1987) ha señalado que, en Lucas, “la pobreza, el hambre, la aflicción, el odio, el ostracismo caracterizan la situación concreta y existencial del discípulo de Cristo, que es quien Jesús declara dichoso” (p. 599). En la misma línea, Bovon (1995) explica que la raíz de este sermón se encuentra en “la situación de la pobreza, el hambre, la tristeza” (p. 421), realidades que constituyen la condición de quienes son llamados bienaventurados y acogidos en el plan salvífico de Dios.

La figura presentada en las bienaventuranzas por la persona de Jesús debe comprenderse con claridad, pues resulta riesgoso asumir estos enunciados de manera literal. No se puede pensar que el Señor esté invitando a vivir en la miseria; más bien, lo que busca es motivar a sus discípulos a no excluir a nadie en medio de las condiciones sociales, sino a iniciar un camino de generosidad y empatía con el prójimo.

Lo que Jesús realmente espera de sus discípulos es una rehabilitación social plena de los pobres, donde quienes lo siguen aprendan a compartir sus bienes con los demás, y donde los más necesitados encuentren la esperanza de un consuelo y una felicidad duradera a partir de la acogida del Reino en su interior. Como lo afirma Bovon (1995): “Las bienaventuranzas no pretenden glorificar la miseria, sino señalar que los pobres serán objeto de la restauración divina” (p. 427).

De la misma manera deben comprenderse las demás bienaventuranzas. En el caso del hambre (Lc 6, 21a), la dicha no se fundamenta en la necesidad misma, sino en la intervención de Dios en la historia humana. La verdadera saciedad consiste en experimentar la alegría y la paz que provienen de la presencia de Dios, quien habita en lo más profundo de la persona.

Asimismo, el contraste entre llorar y reír no puede reducirse a una mera expresión de sentimientos, sino que representa una manifestación concreta de gestos humanos: las lágrimas se ven, el llanto y la risa se escuchan. Esta bienaventuranza, entonces, implica un acto de consuelo: son consolados quienes se acogen a los brazos de Dios y se dejan levantar por Él. En esa apertura interior se da, en verdad, la acogida de la gracia que transforma y plenifica la existencia humana.

Lc 6,20: “Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios”

Lc 6, 21a: “Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados”

Lc 6, 21b: “Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis”

Lc 6,22-23: Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo.

Estos enunciados expresan la proclamación de una realidad que supera cualquier emoción, incluso de carácter espiritual. La verdadera dicha se convierte en un llamado a acoger el Reino anunciado por Jesús, cuyo protagonismo pertenece a los excluidos. De esta manera, Lucas revela una predilección especial por presentar a Jesús como aquel que rompe los estereotipos sociales e incluso religiosos que generan exclusión, situando en el centro del plan salvífico de Dios a quienes eran marginados y considerados indignos por la sociedad. Así, las bienaventuranzas se constituyen en un camino que conecta a Dios con el hombre, otorgándole identidad como discípulo de Cristo, llamado en medio de la comunidad a vivir con esperanza, gozo y alegría aun en medio de la adversidad terrenal.

2. “Levántate”

El imperativo “levántate” ἐγέρθητι (*egerthēti*) es una de las expresiones más significativas en la obra lucana, pues actúa como un puente entre dos polos opuestos: muerte–vida (Lc 7,14-15; 8,54-55), pecado–perdón (5,24-25), enfermedad–sanación (6,8), pequeñez–grandeza (17,19). Esta acción aparece en trece episodios, de los cuales seis son pronunciados directamente por Jesús en contextos de encuentro con los débiles y marginados: perdón de los pecados, sanación de los enfermos y resurrección de los muertos. Es relevante que esta expresión solo la pronuncie Jesús frente a quienes la sociedad consideraba excluidos. Como afirma Bovon (1995): “Según Lucas, Jesús no busca el origen del sufrimiento y de la falta, sino que descubre la esperanza, la posibilidad del perdón y la muerte de la muerte” (p. 358).

Lucas pone de manifiesto cómo este verbo se convierte en signo de salvación a través de la persona de Jesús: al paralítico se le devuelve la capacidad de caminar y, con ello, la libertad y la posibilidad de volver a su hogar (Lc 5,24-25); al hombre de la mano atrofiada se le devuelve la dignidad poniéndolo en medio de todos (Lc 6,8); el hijo de la viuda de Naín y la hija de Jairo resurgen a la vida por la palabra de Jesús (Lc 7,14-15; 8,54-55). Incluso al leproso agradecido se le confirma: “Levántate, tu fe te ha salvado” (Lc 17,19).

El evangelio de Lucas se caracteriza por emplear estas expresiones en boca de Jesús, dirigidas en aoristo hacia personas que tienen condiciones físicas o sociales complejas y poco aceptadas

por la sociedad. Al evangelista le gusta mezclar hombres y mujeres en sus relatos (1,26-38; 10,38-42; 7,36-50; 8,43-48; 24,1-12). En esta obra lucana, la persona de Jesús deja en evidencia la capacidad para conmoverse ante las diferentes situaciones humanas. Está claro que, cuando Él interviene, las cosas cambian. Antes de lanzar el imperativo “levántate”, realiza gestos significativos.

Una de las actitudes fundamentales de Jesús es la compasión, expresada con el término griego *σπλαγχνίζομαι* (*splagchnízomai*). Nada mueve más a Jesús a actuar que el dolor del otro. Este énfasis misericordioso coincide con la lectura de Kasper (2012), quien afirma que “la misericordia no es un añadido del cristianismo, sino su núcleo esencial” (p. 9). Además, este verbo describe lo que todo ser humano experimenta cuando se conmueve profundamente: un estremecimiento interior que atraviesa el cuerpo, un nudo en la garganta, una sensación que conmueve hasta lo más íntimo (Fitzmyer, 1987, p. 646).

Esa es la compasión de la que habla Lucas. Cuando Jesús se compadece, no lo hace de manera superficial, sino que asume el sufrimiento del otro hasta estremecer su propio ser. Se hace partícipe del dolor ajeno, lo carga consigo y, en la medida de lo posible, lo restaura y lo sana. Por eso Jesús se deja “robar el corazón” por quienes lloran, sufren y viven en la desesperanza.

Cada vez que Jesús se compadece, su compasión se traduce en proximidad y toque. Este gesto no es sencillo, pues implicaba desafiar las estrictas normas de pureza judías. Tocar significaba exponerse a la impureza ritual al acercarse al enfermo, al pecador o a la muerte (Schillebeeckx, 1974). Sin embargo, Jesús lo hace porque para Él salvar una vida está por encima de cualquier ley (cf. Lc 6,8-10). La compasión que rompe las barreras de pureza/impureza se ilustra claramente en tres momentos de su ministerio:

1. El leproso (Lc 5:13): a quien Jesús toca directamente (*kai hapsamenos autoú eípen*), un acto prohibido que produce sanación en lugar de contaminación (Sicre, 1996, p. 286).
2. El hijo de la viuda de Naín (Lc 7:14): donde Jesús se compadece y toca el féretro (*tēs sorouí*), anulando la impureza de la muerte y trayendo vida (González Faus, 1991).
3. La mujer con flujo de sangre (Lc 8:44): la cual, en un acto de fe, toca el borde de su manto (*kraspédoú*), resultando en su salvación y restauración.

En todos estos casos, el toque de Jesús no transmite impureza, sino poder, compasión y vida, superando toda barrera legalista y social, lo cual es central en la teología de Lucas (Bovon,

1995). Casallas (2013) subraya que el mensaje de Jesús en Lucas 21,1-4 “pone de manifiesto el valor del gesto humilde como expresión de fe” (p. 6).

Por eso el “levántate” que pronuncia no es un simple mandato. Es el mismo verbo que se utiliza para hablar de la resurrección (*egeirō*), y con ello convierte la acción en un signo de restitución. Así lo manifiesta en la resurrección del hijo de la viuda de Naín: «¡Muchacho, a ti te digo, levántate!» (Lc 7,14), y en la hija de Jairo: «Niña, levántate» (Lc 8,54). No se trata solo de devolver la vida biológica, sino de otorgar una existencia renovada en dignidad y esperanza.

Es significativo que el relato de la resurrección del hijo de la viuda de Naín (Lc 7,11-17) diga: “Un profeta grande ha surgido entre nosotros”. El verbo “surgir” (v.14 ἐγέρθητι; v.16 ἠγέρθη) indica que, con el levantamiento del joven, el que se ha levantado en definitiva es el gran profeta (se usa el mismo verbo en ambos versículos). La implicación es que ha surgido en medio de ellos. Con las palabras “gran profeta” se reconoce su presencia. Es una afirmación cristológica (Fitzmyer, 1987, p. 644). Esa es la misión de Jesús Mesías: ser el gran profeta esperado que salva a su pueblo y a los que están en la muerte (cf. Lc 1,79; Fitzmyer, 1987, p. 649).

Este dinamismo de vida nueva encuentra resonancia en las palabras del papa León XIV, quien afirma: “La compasión cristiana se ha manifestado de manera peculiar en el cuidado de los enfermos y los que sufren. [...] En los enfermos, los miembros de la Iglesia ‘tocan la carne sufriente de Cristo’” (DT 49). Así, el imperativo “levántate” no sólo remite a un hecho milagroso, sino a una acción compasiva que sana, restaura y devuelve la dignidad perdida.

Del mismo modo, el paralítico (Lc 5,24-25) fue llevado por sus amigos, quienes, sin importar las condiciones ni los obstáculos, buscaron el encuentro con Jesús. En esta acción se manifiesta la fuerza de Dios que transforma y repara, pero dicha transformación surge gracias a la apertura y fe tanto de los amigos como del enfermo. Esta es la verdadera expresión de fe: confiar plenamente en que Dios puede obrar. Como consecuencia, Jesús pronuncia con voz poderosa: «Levántate». Así, el paralítico experimenta no solo la curación física que le devuelve la movilidad, sino también el perdón de sus pecados, lo que lo abre a una vida nueva (Fitzmyer, 1986, p. 512).

Con estas acciones, Lucas manifiesta que la persona de Jesús no tiene otro propósito más que descubrir la esperanza de una vida mejor. Por eso, su radicalidad no se centra en buscar el origen del sufrimiento, sino en transformar a la persona y abrirle un camino nuevo, donde

encuentre un no al sufrimiento y un sí a la felicidad; donde no se reprima ante el pecado y el dolor, sino que se sienta redimida y sanada. Es una propuesta para practicar la *μετάνοια* (*metánoia*) que permite que la vida perdure y la muerte tenga fin (Bovon, 1995, p. 358).

El enfermo de la mano seca, *τὴν χεῖρα ξηράν* (*tēn cheîra xērān*) (Lc 6,6-11), representa una situación crítica, pues se trata de la mano derecha, considerada en aquella época la apta para el trabajo. Al no poder usarla, este hombre estaba condenado a una vida sin esperanza, incapacitado para sostenerse dignamente. En este caso, Jesús se enfrenta a una tensión profunda: hacer el bien o dejar de hacerlo en sábado, según la ley judía (Lc 6,9). De ahí que su acción no se limite a una norma cultural o religiosa, sino que la trascienda.

Antes de conceder la curación, Jesús le ordena: «Levántate y ponte en medio» (Lc 6,8). Con esta palabra poderosa lo coloca en el centro de la comunidad y, seguidamente, lo cura (Lc 6,10). La transformación no es solo física, sino también social y espiritual: aquel que estaba excluido queda ahora capacitado para obrar el bien y proyectar su vida hacia los demás. La gracia de Dios lo reintegra en la familia y lo vincula nuevamente con la comunidad.

Según Bovon (1995, p. 386), en este relato Jesús asume la iniciativa para restaurar la vida del enfermo, mostrando que el verdadero sentido de la ley es salvar y dignificar. De igual manera, Dios sigue hoy restaurando la vida de todos los que se abren a su palabra, que tiene el poder de levantar y sanar por medio del bien.

El “levántate” es relación, calor, abrazo que transforma y devuelve la vida. Es pasar de la muerte a la vida, del final a un nuevo nacimiento. De este modo, el gesto de Jesús se convierte en una nueva oportunidad para vivir y en una fuerza transformadora que cambia la desesperanza por la firmeza de la fe y la certeza de la vida que Él transmite.

Al igual que en los episodios anteriores, no es extraño que esta expresión transforme la existencia de alguien que ha vivido un suceso trágico. Tal es el caso de la resurrección de la hija de Jairo (Lc 8,54-55). En este relato, Jesús se dirige a la niña como si simplemente despertara de un sueño: «Niña, levántate». El verbo *ἔγειρε* (*egeire*), en imperativo, es el mismo que se emplea para aludir a la resurrección de Jesús. La niña, llamada *παῖς* (*país*), manifiesta el signo de la vida: no solo se levanta, sino que el texto añade *καὶ ἀνέστη παραχρῆμα* (“y se levantó enseguida”), indicando la inmediatez del milagro.

La implicación de levantarse aquí supera la dimensión física: se trata del gran signo de que, en un hogar marcado por el dolor, no es la muerte la que reina, sino la vida que emerge como nuevo sentido de existencia, un retorno sorprendente hacia un nuevo comienzo. Como lo señala Bovon (1995, p. 636), este acontecimiento revela que en Jesús la vida se impone sobre la muerte, y que la resurrección no es solo un futuro prometido, sino una realidad que comienza ya en el presente.

En Lc 17,19 encontramos esta misma expresión, dirigida a un leproso que retorna a dar las gracias a Jesús porque fue sanado. El leproso de aquel tiempo era considerado como alguien marcado por el pecado escrito en la piel; en el contexto hebreo era visto como presencia del maligno. Eran declarados impuros, usaban ropa rasgada y no podían vivir dentro del pueblo ni con su familia. Eran completamente marginados. De los diez leprosos sanados, solo uno vuelve a dar las gracias a Jesús (Lc 17,16). Aquí la fe provoca la sanación: al confiar en su palabra, emprenden el camino de purificación (Lc 17,14).

El detalle está en que uno de los diez era no. samaritano. Cuando este se da cuenta de que fue sanado, retorna en busca de Jesús, se postra rostro en tierra y da gloria a Dios. Este gesto muestra que la fe que lo sanó es la misma que lo salva y lo levanta. Aquel extranjero, marginado por una enfermedad deplorable, descubre que la curación lo impulsa a ir más allá: a buscar a Jesús para recibir la salvación. Así, la acción se convierte en bienaventuranza, en dicha que obedece a la presencia de Dios en su vida.

Al ser levantado por Jesús, no se trata solo de una acción curativa, sino de una transformación que implica buscar al sanador que cambia vidas y dona gratuitamente la salvación. La implicación más importante es entrar en comunión con la persona de Jesús. Lo fundamental para ser levantado es tener necesidad, confianza y credibilidad en sus palabras, y la alegría de una relación personal (Fitzmyer, 1986, p. 805).

De este modo, Lucas transmite por medio de estos enunciados mucho más que acciones corporales: expresan la transformación integral de la persona. Bovon (1995) lo resume así: “Esta acción es señal de una existencia curada, perdonada, determinada en adelante por la relación con Dios” (p. 357). Por tanto, cada vez que Jesús pronuncia el imperativo “levántate”, no solo devuelve la vida o la salud, sino que abre un horizonte de esperanza, anuncia la libertad y llama a acoger el Reino de Dios otorgado por la compasión (*splagchnízomai*) del Salvador. En Lucas se hace evidente el poder transformador de Jesús sobre los marginados y despreciados

por la sociedad, influenciada tanto por la cultura como por las prácticas religiosas de su tiempo. Así, el Reino de Dios, lejos de excluir, vincula, transforma y dignifica.

Levantarse implica un cambio de rutina, una ruptura, un punto de partida en el que mirar atrás deja de ser una carga y se convierte en aceptación. No es una condición que esclaviza, sino un inicio renovador. Levantarse es emprender un nuevo camino, retornar a casa, dar gloria a Dios por una transformación interior que se manifiesta como fruto de su gratuidad. Significa abrirse a la gracia de Dios que actúa por medio de su Palabra: aceptar que el paralítico camina, que quien era llevado en procesión con lágrimas es ahora levantado y devuelto a su madre con alegría, que Jairo y su familia ya no viven bajo el grito de la muerte, sino que la palabra de Jesús enciende la luz de la esperanza, transformando el lamento en despertar. Así también ocurrió con el leproso que, al ser curado en el camino, descubrió en la gratitud el don mayor de la salvación.

Hoy, el Señor dirige nuevamente estas palabras con autoridad: «¡Levántate!», aquí y ahora. La sociedad sigue marcada por el pecado, la muerte, la exclusión, el sufrimiento y la enfermedad. Su mandato es un llamado a dejar las esclavitudes que limitan al ser humano y a seguir el plan salvífico de Dios. Es una invitación a vivir en la gracia, a acoger el Reino y a responder como discípulos.

Levantarse es la oportunidad de reconocer que el pecado no nos determina, porque hemos sido acogidos por la misericordia. Es la certeza de que la muerte no tiene la última palabra, ya que unidos a Cristo hemos recibido la vida eterna. Es también la fuerza para oponerse a toda forma de exclusión y decir al otro: «te reconozco como hermano en Cristo», sin importar raza, condición o manera de pensar. Finalmente, levantarse es comprender el sufrimiento y la enfermedad no como castigos divinos, sino como parte de la fragilidad humana, en la que Dios mismo se hace presente con su gracia. Ese es, en definitiva, el verdadero sentido de levantarse: participar de la vida nueva que nos regala Jesús.

Lc 5,24- 25: ²⁴Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados —dijo al paralítico—: “A ti te lo digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”». ²⁵Y, al punto, levantándose a la vista de ellos, tomó la camilla donde había estado tendido y se marchó a su casa dando gloria a Dios.

Lc 6,8: ⁸Pero él conocía sus pensamientos y dijo al hombre de la mano atrofiada: «Levántate y ponte en medio». Y, levantándose, se quedó en pie.

Lc 7,14-15: ¹⁴Y acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: «¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!». ¹⁵El muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre.

Lc 8, 54-55: ⁵⁴Pero él, tomándola de la mano, dijo en voz alta: «Niña, levántate». ⁵⁵Y retornó su espíritu y se levantó al instante. Y ordenó que le dieran de comer.

Lc 17, 19: ¹⁹Y le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado».

3. “Ponte en medio”

Un detalle particular en la obra lucana es la expresión “ponerse en medio”. Según Bovon (1995), “Lucas añade ‘ponte en medio’ a las palabras de Jesús, y con ello destaca la obediencia inmediata que vincula al enfermo con Jesús en la escena del milagro” (p. 388). Con este gesto, Jesús dirige la mirada de todos hacia aquel que había sido sanado; no solo se cura la enfermedad física el brazo paralizado, sino también la enfermedad social del rechazo y el desprecio. A este hombre le fueron devueltas la libertad y la dignidad.

Esta posición de estar en medio implica ser el centro de atención. Jesús no coloca en medio a quienes tienen un lugar importante dentro de la sociedad, sino a quienes eran considerados insignificantes. El gesto revela que la verdadera centralidad no la ocupan los poderosos, sino aquellos que, según la lógica del Reino, se convierten en destinatarios privilegiados de la misericordia de Dios.

De la misma manera, cuando Jesús coloca a un niño en el centro, subraya una experiencia de privilegio: junto a él está el mismo Jesús, manifestando la presencia del Reino. En ambos relatos, la acción de situar “en medio” se convierte en un signo que evoca paz y esperanza, pues quienes eran marginados y débiles aparecen ahora como protagonistas del plan salvífico de Dios.

Ponerse en medio, entonces, no es un simple movimiento espacial, sino un gesto de inclusión que transforma la mirada de la comunidad. Toda persona necesitada debe ocupar el centro de atención, incluso si ello genera incomodidad o rompe esquemas sociales y religiosos. El mensaje de Lucas muestra que el Reino de Dios se construye dando visibilidad y dignidad a quienes antes eran olvidados.

Jesús no solo dignifica al niño (Lc 9,47-48) o al enfermo (Lc 6,8) poniéndolos en medio, sino que también invita a la comunidad a mirarlos. Este acto es confrontante, porque el foco de

atención no está en alguien con poder, en un maestro de la ley ni en personajes reconocidos, sino en quienes no tenían importancia alguna en el entorno cultural y religioso. La compasión de Jesús lo lleva a poner en el centro a los más frágiles, a los que por su condición eran excluidos, devolviéndoles dignidad incluso en un sentido social. Jesús no va con la exclusión, sino con la empatía; no se queda con los poderosos, sino con “los nadie”, con los que carecen de bienes materiales o incluso espirituales, porque en él lo tienen todo, incluida la reinserción en la vida comunitaria.

El verdadero milagro no consiste solo en sanar, llamar o perdonar, sino en hacer partícipes a los excluidos de la comunidad, vincularlos a ella y darles un puesto en medio de los demás. No basta con ser curado, ni con ser perdonado, ni con ser llamado: es necesario ser reconocido públicamente, ser aceptado por todos.

Al poner en medio de la comunidad a estos pequeños, Jesús rompe con la marginación y anuncia la inclusión. Su gesto proclama que todos forman parte de la comunidad y tienen un valor, no por los títulos o cargos que poseen, sino porque son personas e hijos de Dios, aceptados como miembros del Reino. Sin embargo, a los fariseos les cuesta comprender esta novedad, porque sus ojos estaban puestos en la norma, en la tradición y en la ley. Por eso el gesto de Jesús entra en polémica con ellos, como comenta Bovon (1995, p. 388): el Reino de Dios incomoda porque va contra el estatus tan valorado en la cultura hebrea.

En sintonía con esta pedagogía, León XIV subraya que “la Iglesia, como madre, camina con los que caminan. Donde el mundo ve una amenaza, ella ve hijos; donde se levantan muros, ella construye puentes. En cada migrante rechazado, es Cristo mismo quien llama a las puertas de la comunidad” (DT 75). Poner en medio, entonces, significa reconocer la presencia de Cristo en cada excluido y situar al pobre en el centro de la comunidad eclesial.

Lucas presenta a Jesús mismo como aquel que “se pone en medio” (Lc 24,36), síntesis de su misión: ser mediador entre Dios y la humanidad. Su pedagogía consiste en ocupar el lugar del centro para atraer hacia allí a todos los que se disponen a seguirlo, incluidos los marginados y despreciados.

Son entonces estos gestos y palabras los que se convierten en recurso pedagógico para cambiar la perspectiva de la sociedad, invitando a mirar y a poner atención en los más pequeños. Por eso, “ponerse en medio” hoy significa poner en el corazón de la vida eclesial y social a los excluidos: los pobres, los migrantes, las mujeres, los niños, las víctimas de la guerra y de la

violencia. Hoy, sin embargo, la indiferencia marca la mirada de muchos: cuando los medios muestran el sufrimiento de pueblos enteros a causa de la guerra, el hambre o el desprecio, las naciones callan y pocas se atreven a alzar un grito de rechazo o de auxilio. De ahí que la enseñanza de Jesús mantenga su vigencia, interpelando las actitudes de exclusión y de indiferencia que la misma Iglesia debe superar. Al respecto, el Papa Francisco (2015) afirma que:

«Jesús nos pide incluir a todos con gestos concretos, porque como cristianos “no tenemos derecho” de excluir a los demás, juzgarlos y cerrarles las puertas. [...] Jamás excluir, no tenemos el derecho.»

Lc 6, 8: ⁸Pero él conocía sus pensamientos y dijo al hombre de la mano atrofiada: «Levántate y ponte en medio».

Lc 9,47-48: ⁴⁷Entonces Jesús, conociendo los pensamientos de sus corazones, tomó de la mano a un niño, lo puso a su lado ⁴⁸y les dijo: «El que acoge a este niño en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado. Pues el más pequeño de vosotros es el más importante»

4 “Tu fe te ha salvado”

Una de las expresiones más significativas de Jesús en la obra lucana es precisamente: “Tu fe te ha salvado”. Esta frase tiene una fuerte connotación para todo aquel que ha reconocido la acción de Dios en su propia existencia. No es una expresión dirigida a los discípulos, quienes han sido realmente los seguidores, sino a aquellos que han sido capaces de querer recibir la gracia. Bien lo expresa Fitzmyer (1981): “Su presencia contribuyó en gran medida al provecho de los que habían creído, impulsados por la gracia de Dios” (p. 399). Es, entonces, la fe una de las causas por las que Jesús acoge a los que son rechazados y pronuncia esta frase a quienes se han abierto a la gracia.

Esta expresión aparece en momentos importantes: a la mujer pecadora que unge los pies de Jesús, quien escucha: “Tu fe te ha salvado, vete en paz” (Lc 7,50); a la hemorroísa, excluida por su condición impura, Jesús le expresa: “Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz” (Lc 8,48); a uno de los diez leprosos que regresa a dar gracias, Jesús le afirma: “Levántate, vete; tu fe te ha salvado” (Lc 17,19); y, del mismo modo, a la curación del ciego de Jericó, quien llama con

insistencia al “Hijo de David”, Jesús le declara: “Recobra la vista, tu fe te ha salvado” (Lc 18,42).

Estas acciones de Jesús, narradas en diferentes episodios (Lc 5,12–13; 7,11–15; 7,36–50; 8,43–48; 13,10–13; 14,15–24; 16,19–31; 17,11–19; 18,35–43; 19,1–10; 23,39–43), ponen de manifiesto su compasión hacia quienes no tienen importancia dentro de la sociedad, mostrando la inclusión como un principio fundamental para la vida cristiana. Invitan a reconocer la dignidad de cada persona, promoviendo prácticas de acogida y solidaridad, y constituyen una llamada a superar cualquier tipo de prejuicio o estereotipo, inspirados en la fe en Jesús.

Así, el Evangelio de Lucas demuestra que los hechos de compasión de Jesús tienen un valor histórico, pero no son estáticos; por el contrario, su relevancia se mantiene en el presente e inspira la práctica cristiana actual. Con esta investigación se busca identificar la aplicación del testimonio de Jesús en la vida del cristiano hoy, especialmente en contextos de exclusión social.

Fitzmyer (1986, p. 42) pone de manifiesto la implicación de la frase “tu fe te ha salvado”, cuyo fundamento se da en la estrecha relación entre la “fe” y la “salvación” (cf. Lc 8,48.50). Esta fe se expresa como una confianza profunda en Jesús, como lo muestran diversos relatos: la mujer pecadora (Lc 7,36-50), la hemorroísa (Lc 8,40-48), el leproso que retorna a dar gracias tras descubrir que ha sido sanado (Lc 17,11-19) y el ciego de Jericó (Lc 18,35-43). Todos estos episodios revelan el poder transformador de la fe y la carga afectiva que vincula a la persona con Jesús.

En el caso de la mujer pecadora (Lc 7,36-50), Jesús no se resiste a los gestos de afecto manifestados por ella —el perfume, las caricias, los besos—, signos de amor que hacen posible una verdadera acogida. Precisamente esta experiencia lo manifiesta como un verdadero profeta: conoce a la mujer en su verdad más profunda y por eso puede perdonar sus pecados. Jesús la envía bajo dos palabras decisivas: “fe” y “salvación”. El gesto de abandono confiado abre la puerta al don gratuito de la salvación que solo Dios puede conceder.

En este relato, la fe se convierte en una dinámica profundamente hermosa: conduce al perdón, y este se alcanza a través del amor. Bovon (1995, p. 546) afirma que la acción salvífica de Jesús no se fija en el pasado de la mujer, sino en el presente transformado por su acto de fe y amor. Por eso, lo que la salva no son las culpas superadas, sino el bien que ahora realiza al acoger a Jesús. La salvación, entonces, se hace actual y real en quienes toman la decisión de seguirlo desde el hoy, reconociendo en Él la fuente de vida y esperanza.

La mujer hemorroísa (Lc 8,40-48) padecía una enfermedad que la excluía de la comunidad al ser considerada impura. Por eso, su acercamiento a Jesús fue un acto desesperado (Fitzmyer, 1986, p. 44). La acción de esta mujer es realmente impresionante: al tocar el borde del manto de Jesús (κράσπεδον, kráspedon) se interrumpe inmediatamente el flujo de sangre. La iniciativa de la mujer, motivada por la fe, provoca su sanación. Jesús, al darse cuenta de que una fuerza había salido de él y al descubrir quién lo había tocado, no la llama “mujer”, sino “hija” (θυγάτηρ, thygatēr). Según Fitzmyer (1986), este gesto cariñoso no solo devuelve la tranquilidad a la mujer, sino que le otorga “la garantía de que ya puede considerarse verdaderamente reincorporada a la comunidad de Israel” (p. 46). La fe de esta mujer le permite encontrar la salvación. En este sentido, Bovon (1995) resalta la dimensión comunitaria del episodio al descubrir que la fórmula “tu fe te ha salvado” tiene una implicación sociológica en la comunidad cristiana: “la mujer impura es la imagen de todos aquellos que desearían ser acogidos en la Iglesia” (p. 631).

Uno de los diez leprosos (Lc 17,11-19) presenta una característica fundamental: era samaritano. En el camino hacia la purificación, al darse cuenta de que había sido sanado, retorna a dar gracias con alegría. Esta actitud de gratitud es consecuencia de su fe, y solo a este leproso se le otorga la salvación. La curación, en este caso, no es la meta final, sino un paso hacia la salvación plena. La gratuidad lo conduce a reconocer la mirada amorosa y restauradora de Jesús, quien descubre en este extranjero una fe que lo trasciende hacia la verdadera salvación y lo introduce en comunión con Dios. Fitzmyer (1986, p. 805) afirma: “la fe que lleva a la salvación presupone una actuación salvífica de Dios que se manifiesta en la actividad de Jesús, pero también supone, como componente esencial, una acción de gracia, como alabanza de la bondad de Dios y un retorno del ser humano para encontrarse con Jesús”.

El ciego de Jericó (Lc 18,35-43) ofrece detalles esenciales que permiten comprender, al igual que en los episodios anteriores, un proceso de fe. Este hombre no tenía importancia social; al contrario, era marginado y despreciado. Los seguidores de Jesús lo mandaban callar, mostrando un celo posesivo y una falsa apropiación de la misión de Jesús. Pero el ciego era, paradójicamente, quien más veía, pues invocaba a Jesús como “Hijo de David”, mientras que los seguidores lo consideraban solo un maestro. Su ceguera física lo excluía, pero su fe lo impulsaba a reconocer al único que podía transformarlo y devolverle la dignidad. Aunque le faltaban ojos buenos para ver, tenía oídos atentos para escuchar, y con los ojos de la fe percibía

la presencia salvífica de Jesús. Esa certeza lo lleva a gritar con insistencia hasta alcanzar no solo la curación del cuerpo, sino también la salvación.

La tarea de la comunidad es, entonces, manifestar la presencia de Jesús y no callar la voz de quienes claman. Es anunciar que “Jesús está pasando” para que nadie quede fuera. La respuesta de Jesús al ciego —“tu fe te ha salvado”— va más allá de la simple recuperación de la vista. Lo que lo salvó fue la certeza de haber sido acogido como discípulo e incorporado al camino de Jesús. Lo esencial, por tanto, no fue recobrar la vista física, sino poder seguir a Jesús con los ojos de la fe, caminando tras sus huellas.

Jesús motiva a sus seguidores a manifestar por medio de la fe su interior; es necesario desvelar lo oculto de la fe para permitir ser transformados por la gracia y así adquirir la salvación que el Señor dispone para todos. Esto es una confianza activa que permanece, dando una apertura constante a su gracia, pero requiere de una adhesión plena a la persona de Jesús. Los fariseos y los escribas se apoyaban en la ley y la norma, pero estaban tan enfermos y obsesionados que la incredulidad no les permitía ver la propuesta salvífica de Dios por medio de Jesús.

Hoy, la frase “tu fe te ha salvado” implica aceptar tanto el “yo” como al otro en el camino del seguimiento itinerante de Jesús. Esta aceptación conlleva la preocupación por el bienestar y la salvación del prójimo. La exclusión no tiene fundamento alguno en la vida cristiana; por eso, rechazar la exclusión significa amar al enfermo que sufre en medio de la soledad y del dolor, no solo físico, sino también el dolor causado por la indiferencia. En coherencia con ello, León XIV recuerda que “no se puede amar a Dios sin extender el propio amor a los pobres. El amor al prójimo representa la prueba tangible de la autenticidad del amor a Dios” (DT 26); la fe que salva se traduce en caridad activa, en una adhesión que transforma el amor a Dios en servicio al hermano.

Rechazar la exclusión significa también acoger al pobre, porque en su entorno siempre es despreciado, visto como alguien que incomoda. De igual modo, se trata de vincular al pecador, recordando que el problema no radica únicamente en el pecado: el ser humano no tiene potestad de juzgar con dureza a los ojos de Dios, sino con los ojos del amor, que no excluye ni rechaza, sino que abraza y dignifica. En este sentido, el Papa Francisco (2016) en el marco del jubileo de la misericordia, recuerda que la compasión de Dios no conoce límites ni exclusiones:

«No excluyamos a nadie. Con humildad y simplicidad, seamos instrumento de la misericordia inclusiva del Padre. La santa madre Iglesia extiende en el mundo el gran abrazo de Cristo

muerto y resucitado. Nadie está excluido de su amor y de la misericordia, ni siquiera el más grande pecador: nadie.»

Hoy, cuando Jesús dice a la humanidad: “tu fe te ha salvado”, es porque no es necesario quedar atrapados en el pasado. Lo verdaderamente importante es la redención: ya no hay condena, sino salvación, porque el hombre ha encontrado el amor, ha sido abrazado con misericordia y, en ese encuentro, ha hallado la vida plena. La fe, entonces, se convierte en el medio por el cual todos son acogidos en el plan salvífico de Dios.

Lc 7,50: ⁵⁰Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz».

Lc 8,48: ⁴⁸Pero Jesús le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz».

Lc 17,19: ¹⁹Y le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado».

Lc 18, 42: ⁴²Jesús le dijo: «Recobra la vista, tu fe te ha salvado».

Metodología

Esta investigación se desarrolla a partir de un enfoque hermenéutico fundamentado en la revisión bibliográfica de las Sagradas Escrituras, específicamente en el análisis del evangelio de Lucas y en la interpretación teológica de las acciones de Jesús hacia los más excluidos, buscando comprender su relevancia para la vivencia cristiana actual.

Además, se adopta un enfoque desde la teología bíblica iluminado por diferentes autores especializados en este evangelio y en el tema planteado, los cuales enriquecen la comprensión del sentido profundo de las acciones y expresiones de Jesús en su contexto dentro de la obra lucana.

De este modo, esta investigación no se limita a una simple descripción de los textos, sino que busca analizarlos desde una perspectiva crítica, conectando la experiencia de Jesús en su tiempo con los desafíos actuales de la sociedad. Asimismo, además de profundizar en las Sagradas Escrituras, se procura establecer un puente entre la compasión de Jesús hacia los más despreciados de su tiempo y la necesidad de su testimonio en las prácticas cristianas, resaltando la inclusión en la actualidad. Así, la investigación adquiere un carácter de reflexión teológica y pastoral que pretende identificar la vigencia del Evangelio en contextos de exclusión social.

Implicaciones pastorales

Desde los hallazgos exegéticos se descubren implicaciones concretas para la vida de la Iglesia y su acción pastoral. El análisis de las expresiones de Jesús en Lucas muestra que la fe no se reduce a una adhesión individual, sino que reclama una dimensión comunitaria capaz de transformar las relaciones sociales. La Iglesia, al leer en clave actual palabras como “Bienaventurado”, “Levántate”, “Ponte en medio” y “Tu fe te ha salvado”, se reconoce llamada a actualizar en su misión el dinamismo inclusivo de Jesús.

En un primer momento, se plantea una pastoral de la acogida y la visibilidad. Al igual que Jesús recorrió pueblos y situó en medio a los excluidos, la comunidad eclesial está invitada a salir al encuentro de las realidades de sus fieles, promoviendo espacios donde los más vulnerables — pobres, migrantes, enfermos, mujeres, niños y ancianos— no sean solo receptores, sino protagonistas activos de la vida litúrgica, catequética y comunitaria.

En segundo lugar, se propone una pastoral de la sanación integral y la solidaridad. El “levántate” de Jesús no se limita a la curación física, sino que restituye dignidad e incorpora a la comunidad. Esto se traduce hoy en comités de acogida, obras sociales, grupos de solidaridad y centros de escucha que favorezcan la inclusión real y el acompañamiento humano y espiritual.

Finalmente, se sugiere una pastoral de la gratitud y la profecía. La fe que salva es también la que agradece y reconoce la acción de Dios, por lo que la Iglesia debe promover testimonios y celebraciones de acción de gracias. Al mismo tiempo, está llamada a ser voz profética que denuncie estructuras de exclusión y anuncie la esperanza de un Reino donde prevalezcan la dignidad, la justicia y la fraternidad.

Conclusiones

Esta investigación facilitó la comprensión, en clave del Evangelio de Lucas, de las acciones de Jesús como un testimonio vivo que se actualiza constantemente e impulsa a la sociedad y a la comunidad eclesial a asumir la iniciativa de la inclusión como camino hacia la salvación. Expresiones como “Bienaventurado”, “Levántate”, “Ponte en medio” y “Tu fe te ha salvado” manifiestan la centralidad de la compasión y del amor en la persona de Jesús, quien integra a los marginados y excluidos en el centro del plan salvífico de Dios.

El propósito principal del artículo se cumplió satisfactoriamente. El propósito del artículo se cumplió satisfactoriamente. González Faus (1991) explica que el proyecto del hermano Jesús consiste en “humanizar la fe mediante la fraternidad concreta” (p. 72). Para ello, Boff (1981) sostiene que la Iglesia está llamada a ejercer su poder como servicio, y no como dominio, optando por los marginados (p. 44). Dominicano Coloquio (2015) resalta que el pueblo creyente se convierte en sujeto histórico de la salvación cuando actúa desde los excluidos (p. 150). Esta praxis de Jesús se actualiza en el seguimiento como Antropología (Castro, 2004).

A partir del estudio bíblico-teológico y del análisis crítico de los pasajes de Lucas, se logró identificar la clara invitación de Jesús a la participación en el plan salvífico de Dios. Desde la perspectiva sociológica y antropológica, se evidenció la centralidad del ser humano en este plan, pues es llamado a ser partícipe del Reino de Dios. De este análisis se desprende que la praxis de compasión de Jesús, iniciada históricamente, se actualiza permanentemente en la realidad social, constituyendo un modelo de vida transformador para la comunidad cristiana.

Los resultados muestran que la fe constituye un elemento esencial de este proceso, pues a través de ella muchos seres humanos transformaron su vida en salvación y redención. Quienes se acogieron al seguimiento de Jesús recibieron el vínculo de la misericordia y del amor, experimentando la esperanza viva de que en Él se abren las puertas del Reino de Dios. La Iglesia, en consecuencia, debe ofrecer apertura a toda la humanidad, promoviendo la unidad, la justicia y la certeza del actuar de Dios en la historia.

En la sociedad contemporánea, y de manera particular en la Iglesia, se hace urgente cultivar actitudes que susciten conciencia sobre la importancia de la comunidad, reconociendo que nadie es superior a otro. Lo que realmente importa es la dignidad compartida como personas llamadas a transformar su entorno. Si hay inclusión, se disipan la injusticia y la desigualdad, dando lugar a una convivencia más fraterna.

En última instancia, la inclusión propuesta por Jesús se cimenta en la caridad, que es el fundamento de toda justicia y el garante ineludible de la dignidad humana. En este sentido, la enseñanza de Benedicto XVI (2005) es crucial: “La caridad será siempre necesaria, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que pueda hacer superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre” (DCE 28).

Esta visión se actualiza en el Magisterio actual: Bresciani (2017) muestra cómo el Papa Francisco impulsa una Iglesia “al servicio de los pueblos originarios y de los descartados” (p. 55), en coherencia con el ideal del “extraño y teatral hombre de Asís” (Bastidas, 2017), que vivió un cristianismo sin fronteras.

Es evidente en la pedagogía inclusiva de Jesús, encuentra un fuerte eco en el magisterio contemporáneo del Papa Francisco, quien constantemente recuerda el modelo de un corazón sin fronteras, cuyo máximo ejemplo es San Francisco de Asís. En este sentido, la encíclica *Fratelli Tutti* es clara al afirmar que:

“San Francisco, que se sentía hermano del sol, del mar y del viento, se sabía todavía más unido a los que eran de su propia carne. Sembró paz por todas partes y caminó cerca de los pobres, de los abandonados, de los enfermos, de los descartados, de los últimos.” (FT 2).

Este estudio, fundamentado en el Evangelio de Lucas y en la investigación teológica, invita a la Iglesia a vivir como verdadera comunidad de hijos de Dios. En definitiva, el testimonio de Jesús, sin desvirtuar el valor de los demás evangelios, convoca a construir un nuevo horizonte desde la conversión de la mentalidad, edificando en medio de realidades complejas y heridas. La propuesta de Jesús es vincular, no excluir; amar sin acepción de personas; superar la indiferencia y abrirse al encuentro con el otro, especialmente el pobre, el enfermo, el pecador y el marginado.

De esta manera, se reafirma que la fe, unida a la inclusión y al amor al prójimo, constituye el verdadero camino hacia la plenitud de la salvación en Cristo Jesús.

Referencias

Aguirre, R., & Rodríguez, A. (2012). *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles*. Verbo Divino.

Bastidas, C. (2017). *El extraño y teatral hombre de Asís*. Intermedio Editores.

Bauman, Z. (2005). *Vida líquida*. Paidós.

- Benedicto XVI. (2005). *Deus caritas est* [Carta encíclica]. Librería Editrice Vaticana.
- Boff, L. (1981). *Iglesia: carisma y poder*. Sal Terrae.
- Bovon, F. (1995). *Evangelio según San Lucas* (Vols. 1–3). Sígueme.
- Bresciani, C. (2017). Al servicio de los excluidos: El Papa Francisco y los pueblos originarios. *Mensaje*, 55–54.
- Casallas, J. (2013). Lucas 21, 1–4: Aporte teológico hoy. Universidad de San Buenaventura.
- Castel, R. (2004). *La inseguridad social: ¿Qué es estar protegido?* Manantial.
- Castro, C. (2004). El seguimiento de Jesús como antropología: Hacia una lectura crítica desde los excluidos y oprimidos. *Teología (Buenos Aires)*, 150–191.
- Catecismo de la Iglesia Católica. (1992). *Nueva edición*. Librería Editrice Vaticana.
- Concilio Vaticano II. (1965). *Constitución pastoral Gaudium et spes*. Ediciones Paulinas.
- Concilio Vaticano II. (1965). *Constitución dogmática Dei verbum*. Ediciones Paulinas.
- Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM). (2007). *Documento de Aparecida*. CELAM.
- Di Berardino, A. (1998). *Diccionario patristico y de la Antigüedad cristiana*. Sígueme.
- Dominicano, C. T. (2015). El pueblo como sujeto: Alternativas desde los excluidos. *Revista Alternativas*, 143–172.
- Dornisch, L. (1996). *A woman reads the Gospel of Luke*. The Liturgical Press.
- Feller, V. (2019). Dios Padre y los excluidos. *Clar*, 51–72.
- Fitzmyer, J. (1986). *El Evangelio según Lucas: Introducción general*. Ediciones Cristiandad.
- Fitzmyer, J. (1986). *El Evangelio según Lucas: Traducción y comentario II*. Ediciones Cristiandad.
- Fitzmyer, J. (1986). *El Evangelio según Lucas: Traducción y comentario III*. Ediciones Cristiandad.

Flórez, C. (2020). Los excluidos, víctimas de la injusticia social en el oráculo contra Israel: Una lectura de Am 2, 6–8. *Anales de Teología*, 7–33.

Francisco. (2015, 5 de noviembre). Homilía en la Misa matutina en la Casa Santa Marta.

Francisco. (2016, 12 de noviembre). Discurso en la Audiencia Jubilar, Jubileo de la Misericordia. Ciudad del Vaticano.

Francisco. (2020). *Fratelli tutti: Carta encíclica sobre la fraternidad y la amistad social*. Librería Editrice Vaticana.

González Faus, J. I. (1991). *Proyecto de hermano: Visión creyente del hombre*. Sal Terrae.

Grün, A. (2003). *Jesús, imagen de los hombres*. Verbo Divino.

Grün, A. (2006). *Jesús: Un retrato*. Sal Terrae.

Hauck, F., Kittel, G., & Friedrich, G. (1967). *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* (Vol. 10). Eerdmans.

Jeremias, J. (1977). *Teología del Nuevo Testamento: La predicación de Jesús*. Sígueme.

Kasper, W. (2012). *La misericordia: Clave del Evangelio y de la vida cristiana*. Sal Terrae.

Kittel, G., & Friedrich, G. (Eds.). (1975). *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* (Vol. 2). Eerdmans.

León XIV. (2025, 4 de octubre). *Dilexi te: Exhortación apostólica sobre el amor hacia los pobres*. Librería Editrice Vaticana.

Maccise, C. (2008). Las voces del Espíritu en el Sínodo de América a favor de los excluidos. *Testimonio*, 32–37.

Mardones, M. (2006). *Matar a nuestros dioses*. PPC.

Marguerat, D. (2008). *Introducción al Nuevo Testamento*. Desclée De Brouwer.

Mela, F. (2021). Sifrá y Puá: Valientes rebeldes y sabias heroínas. La figura y accionar de las parteras en Ex 1,15–22. *Fuente Académica Premier*, 287–307.

Ratzinger, J. (2007). *Jesús de Nazaret* (Vols. 1–3). La Esfera de los Libros.

Santiago, J. (1994). *Pobres y pobreza según el Antiguo Testamento*. Seminario Pontificio.

Schillebeeckx, E. (1974). *Jesús: La historia de un viviente*. Sígueme.

Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Planeta.

Sicre, J. L. (1996). *El Evangelio de Lucas: Comentario teológico y pastoral*. Verbo Divino.